

Regreso

Fernando y Martín eran más que amigos, podría decirse que eran casi hermanos. Fueron al mismo jardín de infantes, a la misma primaria, secundaria y universidad. Ambos habían terminado sus estudios en la facultad de filosofía y letras. Fernando se dedicó a la docencia y Martín se concentró en escribir y publicar sus libros que lograron ser traducidos a varios idiomas. Martín era un tipo bohemio, y había decidido irse a vivir junto a su novieca de turno al Uruguay, precisamente a Cabo Polonio, decía que el mar lo estimulaba para escribir sus mejores historias.

A pesar de la distancia ellos mantenían un vínculo irrompible, no había semana que no se hablaran y por lo menos tres o cuatro veces al año uno de los dos cruzaba el charco para verse. Una semana antes del mensaje que da origen a esta historia, Fernando le anticipó que ya tenía los boletos de Buquebus para ir con su nueva novia a pasar las fiestas junto a su amigo de toda la vida.

“Fernando no está bien, lo tuvimos que internar” decía el mensaje de WhatsApp de un número desconocido. A partir de ese instante la desesperación por no estar cerca de su amigo empezó a enloquecer a Martín. Llamó al número del WhatsApp y no tuvo respuesta, insistió como mil veces hasta que de pronto se dio cuenta que estaba bloqueado. Siguió intentando con el número de Fer con el mismo resultado, imaginó que podría haber sufrido un accidente, un atraco y que la persona que lo había socorrido solo miró su celular y al ver que la mayoría de los últimos llamados eran con Martín y este era uno de sus contactos favoritos, el desconocido intentó dar una señal de lo que había sucedido a sus más cercanos y luego se borró. ¿Por qué lo había bloqueado? ¿Por qué se había borrado? ¿Qué le habría pasado a Fer? Se preguntaba Martín queriendo estrellar su cabeza contra la pared.

—¡Me vuelvo a Buenos Aires! —le dice Martín a Fabi, su novia.

La piba que era casi veinte años menor que él se quedó mirándolo sin la mínima intención de acompañarlo. Solo le dio una pitada profunda a su porro y le dijo:

—¿Estás en pedo? ¿Vas a hacer todos esos kilómetros para ver a ese tipo? ¿Y después? ¿Vas a recorrer todos los hospitales de Buenos Aires? ¡Si no sabés dónde mierda está!

Martín, la ignoró por completo. Hizo un par de llamadas a algunos amigos en común para averiguar si alguno de ellos sabía algo, pero no tuvo éxito. Nadie sabía nada. Así que buscó el llavero de la camioneta que hacía varias semanas que estaba parada en el fondo de la casa que alquilaba, hizo varios intentos hasta que arrancó. Fabi, lo miraba desde la ventana sin importar lo que le pasaba por la cabeza a su novio. Levantando arena aceleró con furia en la búsqueda del paradero de Fernando. Cruzó unos médanos hasta que llegó a la ruta. Puso el Wise para guiarse mejor, sabía que no podía volver de manera fluvial, no tenía boletos e iba a perder más tiempo que si trataba de tomar la ruta que va Fray Bentos directamente.

Eran las cuatro de la tarde y el calor asediaba. Según la aplicación iba a demorarse más de doce horas en llegar a la dirección de Fer y ahí trataría de averiguar qué había pasado preguntando a los vecinos.

A Martín no le gustaba manejar, tampoco le gustaba los autos, había conseguido esa camioneta destortalada con el único fin de poder ir al pueblo a comprar sus víveres. Cuando ocasionalmente volvía a Buenos Aires, lo hacía en micro y luego el ferry donde siempre compraba la botella de whisky importado que le gustaba a Fernando en el FreeShop.

El sol le pegaba en la cara y le molestaba mucho, estaba deseando que se hiciera tarde para poder ver mejor, pero tampoco le gustaba manejar de noche, sabía que el reflejo de los autos que vendrían de frente también le molestaría.

Kilómetros y kilómetros hasta que llegó a la primera rotonda.

“A doscientos metros, tome la segunda salida” le dijo la gallega del GPS.

Esa voz fue su única compañía por mucho tiempo, no se había percatado de poner la radio, o algún CD viejo que hubiese quedado en la guantera. Por su cabeza solo pasaban imágenes terribles de cuerpos desmembrados cubiertos de sangre.

“A trescientos metros, tome la tercera salida” y la gallega seguía dándole indicaciones para que no se perdiera.

A lo lejos ve unas lomas, el paisaje por esos pagos es bastante ondulado, pudo ver campos amarillos y algunas casitas de cuadro de mueblería a lo lejos. A su izquierda vio un conjunto de vacas pastando y un par de metros más adelante vio un hombre a caballo al costado de la ruta yendo en la misma dirección en la que él iba. Pudo distinguir su boina verde y su camisa a cuadros, también su bombacha gris y le sorprendió que el paisano lo saludara con su brazo derecho en alto mientras con la otra mano sostenía la rienda.

“En la rotonda, tome la segunda salida en Ruta 9” indicó la voz robótica del GPS mientras miraba cómo desaparecía el caballo con su jinete por el espejo retrovisor.

El tablero marcaba que iba a ciento veinte, y a pesar de eso le costaba sobrepasar a algunos camiones que llevaban troncos a la papelera. Tenía miedo, tanto miedo como el que imaginaba tener si se encontraba con su amigo muerto al llegar.

A los quince minutos de seguir conduciendo pudo ver a su derecha a otro hombre montado en un caballo que iba en su misma dirección. Al sobrepasarlo, pudo notar, que el gaucho lucía una boina verde, una camisa a cuadros y también su bombacha gris igual a la del jinete anterior. Primero supuso que vendrían de una peña y que quizás formaban parte de algún tipo de grupo folclórico por tener vestimentas similares.

Este gaucho también lo saludo con su brazo derecho en alto, mientras que con la otra mano sostenía las riendas.

“En la rotonda, tome la segunda salida en Calle Brigadier General Juan Antonio Lavalleja” le susurro el Wise y ahí cayó en la cuenta de que ya habían estado manejando más de cinco horas y que el sol estaba tan brillante como cuando había salido de Cabo Polonio.

Miró su reloj y marcaban las cuatro y media. Era imposible haber hecho tantos kilómetros en solo media hora. Al principio pensó que el humo del cannabis de su novieca quizás le estuviese alterando su percepción del espacio-tiempo y se preocupó. Necesitaba parar para cargar combustible. Por suerte pudo divisar el cartel de la estación Ancap que asomaba a unos pocos metros. Estaciona su auto al lado del surtidor y escucha que le golpean el vidrio.

—¿Super o Premium? —le pregunta el muchacho.

—Super, y con el tanque de reserva —le responde Martín.

Se baja para ir al baño, mientras el muchacho enchufa la manguera en el agujero del tanque.

Al volver, se da cuenta que el muchacho que lo había atendido, en vez de utilizar el mameluco típico de Ancap, el chico tenía puesto una boina verde, una camisa a cuadros y también una bombacha gris. Sorprendido le pagó en efectivo y salió arando de la estación. Retomó atento la carretera en el sentido que le indicaba la flecha del Wise.

Aumenta la velocidad, quiere llegar con urgencia, el velocímetro le está indicando que está yendo a más de ciento sesenta. Nunca había probado su camioneta a esa velocidad.

“En la rotonda, tome la segunda salida en Calle Brigadier General Juan Antonio Lavalleja” le indicó la gallega robótica.

¿Pero si por acá ya pasé? Pensó y se puso nervioso. Algo sobrenatural estaba pasando. Miro el mapa del GPS y aceleró aún más.

“En la rotonda, tome la segunda salida en Ruta 9” volvió a indicar el GPS al rato mientras otro paisano a caballo galopaba a su derecha, con una boina verde, una camisa a cuadros y una bombacha gris.

Pasaron las horas y se encontró con las dunas, su casa de Cabo Polonio con las puertas abiertas y las ventanas cerradas. La Fabi no estaba, seguramente se rajado con otras vagas a seguir fumando mariguana. Sobre la mesa vieja del comedor había una nota que decía:

“Te vine a buscar y no estabas, pronto volveré por vos

Firmado Fernando”

Salió aturdido al patio, el olor a faso lo estaba matando. Miró el cielo, estaba gris oscuro como si lo hubiesen pintado con pintura asfáltica. Junto a su camioneta destortalada estaba el paisano de boina verde esperándolo.